



CANCION GRACIOSA

DE

LA LINDA ZAGALA.

Junto á un arroyuelo
á una zagala ví,

y al contemplar su gracia
todo me sorprendió:

Al ruido que yo hice
al acercarme allí,

muy asustada dice:
¡ay de mí! ¡ay de mí!

Al verla tan graciosa,
tan llena de beldad,
la dije yo: mi diosa,
¿te has sosegado ya?

Estaba entretenida
regando su vergel,

y al verse sorprendida
la asusté, la asusté.

Por fin me acerqué á ella,
de un brazo la cogí;
me mira y se sonríe
llena de gracias mí.

— Tú has de ser mi amada
con un amor sin fin;
ella respondió entonces:
eso sí, eso sí,

De una mano la tomo
y ella dice temblando:
tanto me aprieta usted,
que me hace mucho daño.

La dije: pastorcita,
háblame sin temor,
¿me quieres? y responde:
si señor, si señor.

Frente de mí sentada
risueña me miró,
y dice sosegada:
¡ay amor! ¡ay amor!

Me puse á obsequiarla
con flores á escoger;
de rosas encarnadas
le parecieron bien.

La hice un ramillete,
y al írselo á prender,
muy graciosa me dice:
prenda usted, prenda usted.

Sin duda que turbado
no se lo prendí bien;
se le cayó en el suelo
y yo se lo alcancé.

Pero al verificarlo
la tropecé en el pie,
y sonrojada dice:
¡ay qué malo es usted!

La dije en este caso:
ha sido sin pensar;
la convenzo, y se cree
que fué casualidad.

A un sitio retirado
que desde allí se vé,
la convido, y me dice:
¿para qué? ¿para qué?

Después de convidarla
con fina voluntad,
dos mil gracias me daba
con afabilidad.

En fin, agradecida
y llena de placer,
dice: tengo mi vida
para usted, para usted.

Preguntando la digo
con gran suavidad:
¿para quién has nacido,
bellísima deidad?

Dime, claro lucero,
gracioso alelí:
y ella respondió luego:
para tí, para tí.

Sobre la verde alfombra
se sienta, y con rubor,
cuanto mas la miraba
mejor me pareció.

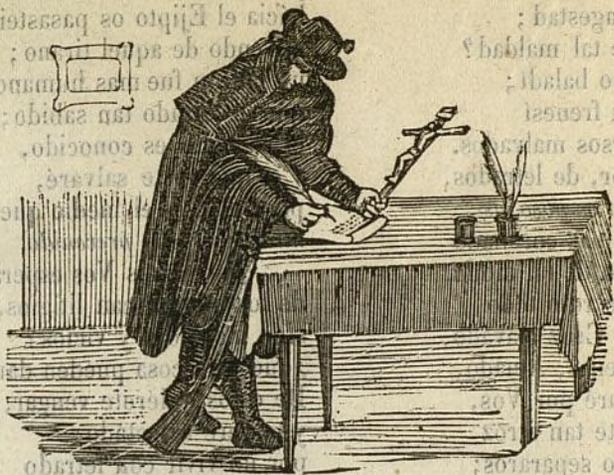
Sus mejillas preciosas
exaltaban mi amor,
y yo entre mí decía:
¡ay pasión! ¡ay pasión!

No te vayas, bien mio,
no me abandones, no,
atiende á mis fatigas,
que por tí sufro yo.

Mira que mi alvedrío
á tí ya se rindió:
y ella luego me dice:
no te olvidaré, no.

Adios, linda zagala,
que fiel te conocí,
triste y desconsolado
ya me ausento de tí.

Los dos nos despedimos
dando muestras de amor,
y á una nos dijimos:
adios, adios, adios.



CURIOSA RELACION

en que se da noticia del robo de un santo Cristo de plata con peso de once libras, estraido del cuarto de dos escribanos, por un chulo que dejó escritas sobre la mesa las siguientes:

DÉCIMAS.

Venid conmigo, mi Dios,
 no estais bien, Señor, aquí;
 si un escriba os puso así,
 ¿cuál, mi Bien, os pondrán dos?
 Por no dejaros á Vos
 con esta gente metido,
 mi discurso ha prevenido,
 ser mejor, mi Dueño amado,
 que esteis conmigo robado
 que no con ellos vendido.
 Sin su Dios, qué puede el hombre?
 humo, polvo, sombra, nada,
 pues el alma desmayada
 nada puede sin su Nombre:
 siendo así, nadie se asombre
 que busque mi alivio en Vos;

y así con paso veloz
 me amparo de tu riqueza;
 ven, Remedio de pobreza,
 venid conmigo, mi Dios,

Entre el enredo y mentira,
 entre textos fullagueros,
 entre plumas y tinteros
 donde la verdad espira,
 triste mi pesar se admira,
 y el sufrimiento perdi;
 por eso digo entre mí:
 burlaremos las maldades;
 pues siendo Dios de verdades
 no estais bien, Señor, aquí.

Siendo Vos la Santidad

de blasfemo os acusaron,



de rey fingido trataron
tu divina Magestad ;
y ¿de dónde tal maldad ?
de un letrado baladí ;
su furor, su frenesí
y sus discursos malvados.
Huid, Señor, de letrados,
si un letrado os puso así.

Si de espinas coronado
os contemplo de tal modo,
con el pecho rotó todo
y en la dura Cruz clavado,
siento tus penas, Amado,
mas yo miraré por Vos,
pues de gente tan atroz
es mi intento separaros ;
si uno pudo ultrajaros,
¿cuál, mi Bien, os pondrán dos ?

Mis afectos abrasados
contemplan tu imagen grata ;
hermoso sois como plata,
regalo de enamorados ;
guárdense pues los letrados,
que esta vez les pego coz,
pues yo solo contra dos
espero andar tan listo,
que los dejaré sin Cristo
por no dejaros á Vos.

Aunque tu humilde Grandeza
buscó los bajos empleos,
y trató con fariseos
por convencer su torpeza,
no permite mi fineza
verte aquí tan deslucido ;
yo por Vos fui redimido,
y tendré por desamor
dejaros aquí, Señor,
con esta gente metido.

El remedio está en la mano,

y Vos, Señor, lo enseñasteis :
hacia el Ejipto os pasasteis
huyendo de aquel tirano ;
un ladrón fue mas humano
que el letrado tan sabido ;
el remedio es conocido,
y es que yo te salvaré,
pues este es el medio que
mi discurso ha prevenido.

¿Qué podeis Vos esperar
de los que buscan litigios,
sino maldades y vicios ?
¿qué otra cosa pueden dar ?
De estos quiérote vengar,
y te veré rescatado ;
por no vivir con letrado
enseñaste en tu pasión,
perecer con un ladrón
ser mejor, mi Dios amado.

Si tu voluntad abierta
muy encendida en amores,
á los tristes pecadores
les das siempre franca puerta,
que á Ti, Señor, me convierta,
de amores soy obligado ;
y así habiéndote hallado
en tal lugar de dolor,
tengo, Señor, por mejor
que esteis conmigo robado.

Eres Padre de consuelos,
dulce amparo de afligidos,
quien ampara á los cándidos
y remedia nuestros duelos,
por tanto son mis desvelos,
y así os suplico rendido,
que no os mostreis ofendido,
pues siempre es mas acertado
ser de un platero comprado
que no con ellos vendido.

MADRID, — 1858.

Imprenta á cargo de José M. Marés, plazuela de la Cebada n.º 96.

